

echarnos del lugar. A Juanita le divierte mucho la conversación de usted, pero yo no quiero conversación que á nada conduce y que nos puede salir muy cara. Con que, con pena lo digo, y sin pensamiento de ofenderle; trasponga usted, y no vuelva á parecer por esta casa, al menos hasta que cambien las circunstancias, si es que cambian algún día, y si no cambian, no parezca usted nunca.

D. Paco se compungió y se aturdió al oír este discurso y no acertó á dar contestación. Algo tartamudeaba; pero la resuelta Juana no le dejaba decir palabra. Le empujó hacia la puerta y le echó á la calle antes de que volviese su hija.



XVIII

ATOLONDRADO D. Paco con los sucesos de aquel día, y más aún con la expulsión de que acababa de ser objeto, no sabía qué camino tomar ni á qué carta quedarse, y maquinalmente se fué á su casa á meditar y á hacer examen de conciencia. Lo primero que notó fué que la tenía muy limpia. No era ningún delito, aunque pudiese pasar por extravagancia, el que estuviese él enamorado de aquella muchacha que podía ser su nieta. El haber ido á su casa todas las noches durante algunas semanas apenas le parecía imprudente y digno de censura. De Juanita formaba sucesiva y á veces simultáneamente, distintos conceptos, como si en el fondo del ser de ella hubiese algo de misterioso é indescifrable. De sobra reconocía él que Juanita, si no le había dado calabazas, era porque él no se había declarado en regla, pero con sus bromas de llamarle abuelo y con la maña que ella empleaba para que él no le hablase al oído y para esquivar el estar á solas con él, harto claro se

veía que no quería admitirle por novio ni por amante. Sin embargo, ¿sería esto cálculo ó ladinio instinto de mujer para cautivarle mejor ó para entretenerle con esperanzas vagas? También recordaba D. Paco los cuchicheos de Juanita con Antoñuelo y se ponía celoso.

¿Si estaría ella prendada de Antoñuelo, y considerando que como novio no le convenía, pensaría en plantarle y en decidirse al fin por don Paco, como mejor partido y conveniencia? ¿Si titubearía ella entre su propio gusto y lo que su madre sin duda le aconsejaba? Como quiera que fuese, D. Paco tenía estampada en las telas del juicio la imagen de Juanita, y cada vez le parecía más hermosa y más deseable. Harto bien notaba que ni su madre ni ella habían tratado jamás de medrar á su costa de un modo pecaminoso é ilegítimo. La madre acaso le deseaba para yerno. Lo que es la hija, hasta entonces no había mostrado desearle ni menos buscarle para amante ni para marido. Él había hecho todos los avances. Culpa suya era todo aquel furor suscitado contra las dos mujeres, del cual no le cabía la menor duda de que doña Inés era promotora. Consideraba luego D. Paco, y esto le lisonjeaba y le ponía muy orondo, que Juanita, ya que no le amase, se deleitaba con su conversación, le reía los chistes, le aplaudía las discreciones, y oyéndole hablar se mostraba muy atenta y como pendiente de sus labios. En aquella casa, de donde le habían echado, no había recibido sino honestos y amistosos favores, en pago de los

cuales, y fuese por lo que fuese, acababan de recibir ambas mujeres un agravio sangriento, para el cual se creía él obligado de hallar satisfacción.

Exaltado por estas cavilaciones, se decidió don Paco á ir á ver á su hija; á explicarle con franqueza y lealtad lo que había pasado y á pedirle cuenta de su maligna conducta.

De mucho valor tenía que revestirse para atreverse á dar aquel paso. Doña Inés, con su severidad y su tiesura, casi le infundía miedo; pero le venció la vergüenza; hizo cuanto pudo para apartarle de sí, y se dirigió, con todos los bríos que pudo recoger y acumular en su ánimo, á casa de la señora doña Inés López de Roldán, á quien bien sabía él que hallaría sola á la hora de la siesta.

En casa de doña Inés se comía entonces á las dos de la tarde. D. Alvaro, cuando no estaba en el campo, se acostaba en seguida, y como comía bastante y bebía más del exquisito vino que se cría por allí, y que es mejor que el de Jerez, con perdón sea dicho, se tendía en su cama y estaba roncando hasta las cuatro ó las cinco de la tarde.

Á los niños se los llevaban Serafina, el ama y Calvete al otro extremo de la casa, donde no molestaban con su ruido. Doña Inés se quedaba entonces sola en su estrado ó en su despacho, ya haciendo cuentas, ya entregada á sus oraciones, ya leyendo algún libro de devoción ó de historia.

El cacique D. Andrés y otros personajes importantes del lugar no venían de visita ó de tertulia sino por la noche. Las malas lenguas pue-

den decir cuanto se les antoja; los mal pensados pueden suponer las mayores diabluras, pero lo cierto es que doña Inés era recatadísima y, ó bien tenía razón el padre Anselmo y era una Lucrecia cristiana, ó bien sabía, con prodigioso artificio, practicar aquel famoso precepto que dice: si no eres casta sé cauta. De aquí que doña Inés pudiese erguir muy alta la frente y calificar de brutal y grosera calumnia la más leve insinuación que contra su honestidad se atreviese á hacer algún deslenguado.

Muy entretenida se hallaba entonces leyendo la vida de Santo Domingo, porque á causa de la función de iglesia no había leído aquel día muy de mañana el Año Cristiano (como tenía de costumbre), cuando entró Serafina á anunciar que D. Paco llegaba á visitarla.

D. Paco tenía entrada franca en aquella casa, pero Serafina le anunció para tener prevenida á su ama. Apenas trascurrió un minuto entre el anuncio y la entrada de D. Paco diciendo buenos días.

—Buenos días dé Dios á usted, señor padre—dijo doña Inés levantándose de la silla, acudiendo respetuosamente á su padre para besarle la mano y convidándole á sentarse, como se sentó, en un sillón frente de ella.

—Dichosos los ojos que ven á usted—prosiguió doña Inés.—Hace no sé cuántas semanas que no pone usted los pies aquí. ¿Qué negocios le traen á usted tan ocupado? ¿Qué le ha caído á usted que hacer que no le deja siquiera una

hora ó dos libres por la noche para venir á mi tertulia, verme y darme el gusto de que yo le vea, echar algunas manos de tresillo ó tener un rato de agradable conversación con el padre Anselmo y con los demás señores que honran mi casa con su presencia?

Estas cariñosas quejas parecían dadas sin intención y como nacidas del filial afecto, pero, al mismo tiempo, eran un cruel interrogatorio, que turbó á D. Paco y al que tuvo que hacer un esfuerzo para contestar. De nada valía el disimulo. Era menester contestar con franqueza, y D. Paco, armándose de valor, contestó de esta suerte:

—Tienes razón en quejarte, hija mía. Hace tiempo que no vengo á tu tertulia, ¿qué quieres? acaso han sido chocheos, extravagancias de viejo; pero yo había tomado la maña de ir á otra tertulia más modesta y menos elegante que la tuya, y que sin embargo, lo confieso, tenía para mí singular atractivo.

—¡Válgame Dios, señor padre; lo había oído decir, pero no lo había querido creer hasta que lo oigo de su boca. Extraño me parece que una persona de la posición, de la gravedad y de los conocimientos de usted, se deleite rebajándose y dando conversación, durante horas enteras, á dos mujeres tan ordinarias y tan poco edificantes como las Juanas; pero más extraño es todavía que no sea la conversación de usted y su tertulia con ellas solas, sino que haya usted tenido casi siempre por contertuliano á Antoñuelo, el hijo del herrador, el más pillete y el más zafio de todos

los mozos de este lugar. ¡Singular tertulia! ¡Buen par de parejas estaban ustedes! La verdad... yo no sabía qué decir cuando me hablaban de esto. Aseguraban unos que Antoñuelo es el novio ó sabe Dios qué de la Juanita y le endosaban á usted á la Juana. Otros afirmaban que usted pretendía á Juanita, ¿pero entonces en qué se empleaba, qué papel hacía el celeberrimo Antoñuelo? ¿Eran ustedes rivales? Confiese usted que ha sido una locura, un disparate, lo que ha estado usted haciendo. No niego yo que la Juanita es guapa, aunque más que de honrada mocita, tiene trazas de desaforado marimacho, ó de desenfrenada potranca. Pero aunque fuese Juanita la propia diosa Venus, debía usted, (perdóneme, señor padre, si se lo digo, por el interés y el amor que me inspira) debía usted no avillanarse yendo de diario á su casa. Pecado y vicio sería ir allí solo, y como favorecido vencedor; pero el ir en competencia con Antoñuelo, francamente, yo no acierto á calificarlo. Lo mejor que se puede decir es que ha sido un delirio. Vuelva usted en su juicio: deje de visitar á esas mujeres y todos trataremos en el pueblo de hacer olvidar que usted las ha visitado pretendiendo á una de ellas, hasta ahora tal vez en balde. Si ha pecado sólo con la intención, no por eso es menor el pecado. Al contrario, ya que no para las personas piadosas y timoratas, para la gente vulgar y profana es pecado más feo. No se ofenda usted si me atrevo á declararlo, con harto dolor lo declaro, la ridiculez le acompaña.

Casi todo el valor de que se había armado don Paco á fin de hablar á su hija y de quejarse de su conducta, cayó derribado á los pies de la señora de Roldán. Sus contundentes razones abrumaban á su padre como una lluvia de acicalados chuzos, cuyas puntas se le clavaban en el corazón. Mirado todo por el lado poético, se explicaba satisfactoriamente. Juanita era el recato, la virtud, el talento y la modestia en persona. Era además hermosa como una ideal virgen espartana, como la propia Diana Cazadora, rica en salud y gallardía; esbelta, fuerte y ágil; con todos los atractivos de la más casta, limpia y juvenil hermosura. Si Antoñuelo, que era un perdido, iba allí y trataba con la mayor familiaridad á Juanita, esto consistía en que Antoñuelo se había criado con ella desde la infancia; en que ella le miraba y candorosamente le quería como á un hermano y en que procuraba evitar que se extraviase y cayese en el precipicio.

La propia madre de Juanita, aunque había tenido en su mocedad lo que llaman en aquellos lugares un tropiezo, estaba ya purificada por la vida ejemplar que había hecho después y por el honroso trabajo con que había logrado sustentarse y criar y conservar el fruto de sus desventurados amores. Todo esto y más podía valer como respuesta á las observaciones de doña Inés. Pero lo cierto era que despojado el caso de este tinte poético, y tal como el prosaico vulgo podía entenderle, doña Inés tenía razón que le sobraba. Para la generalidad de los habitantes de Villale-

gre, Juanita no era más que la mozuela del cántaro, la hija ilegítima de Juana la Larga, la chica que había corrido y jugado con los pilletes en medio de las calles hasta la edad de nueve ó diez años, y la que después había conservado una sospechosa é íntima amistad con Antoñuelo, el cual pasaba entre todos por un tunante de la peor especie.

De aquí el desairado y mal papel que una persona de los años, de la seriedad y de la importancia de D. Paco, no podía menos de hacer en apariencia, ó bien siendo rival de Antoñuelo ó bien de acuerdo con él para cortejar á la madre el uno y á la hija el otro. Reponiéndose, no obstante, de la consternación que el tremendo discurso de doña Inés le había causado, y por lo mismo que ella con su feroz acometida le acorralaba, y como suele decirse le ponía entre la espada y la pared, D. Paco habló al fin con energía, y dijo de esta suerte:

—La gente podrá decir lo que le dé la gana. Yo me río de la gente porque lo que dice es injusto. Tal vez me acusen las apariencias. En realidad no hay culpa, ni falta ni desdoro en lo que he hecho. Mi yerno será un señor muy noble, pero yo no lo soy, y al tratarme con los plebeyos me trato con mis iguales. Sólo se puede exigir de mí que sean decentes las personas que trato, y no hay el menor motivo para afirmar que las Juanas no lo sean. La vista y la conversación de Juanita me deleitaban, y por eso he estado yendo en casa de Juanita todas las noches. Soy ma-

yor que tú en edad, saber y gobierno. Sé lo que me hago. No necesito de guía. No quiero ni debo aguantar tus sermones. Me basta con aguantar el que nos ha echado hoy el padre Anselmo, inocente tal vez, pero que tú y otras mujeres envidiosas habéis envenenado con vuestra malicia.

—¡Dios mío!—interrumpió doña Inés.—¡Esto sólo me faltaba: que llegue la ceguedad de usted hasta suponer que yo envidio á esa hija... de su madre! Lo ocurrido es muy natural, la desvergonzada mozuela se ha encajado en la iglesia, no vestida humildemente, según su clase, sino con el lujo escandaloso de las mujeres cortesanas que bullen en las grandes ciudades y que son la perdición de los hombres. ¿De dónde ha salido el traje que llevaba puesto? Aquí nadie lo ignora. Era regalo de usted.

—No he de negar yo que era regalo mío. Ella le aceptó por no desairarme, pero como me ha dado en cambio prenda de más valor, nadie puede decir que se viste á mi costa. Juanita se viste bien ó mal con lo que gana trabajando de modo honrado y lícito, y no estando vigentes en el día la pragmática contra la seda ni ningunas otras leyes suntuarias, no sólo de seda sino de oro y de perlas puede vestirse Juanita si tiene dinero para comprar el vestido y si se le antoja engalanarse con él.

—Si el respeto que á usted debo no anudase mi lengua—replicó doña Inés,—me atrevería á decir que está usted loco de atar. ¿Cómo defender el escándalo, la campanada que ha dado esa

chica, trasformada de repente en princesa, como en los cuentos de hadas? Tiene chiste el que le haya dado á usted la levita. Ya se la cobrará con usura. Las puntadas de ella y las morcillas y longanizas que sabe hacer su madre, no bastan para costear levitas á los caballeros, y para seguir emperegilándose con ricos trajes y mantillas de madroños como dicen que en Madrid van á los toros las damas de alto copete y las majas de rumbo. El día menos pensado, no sólo para ir tan pomposas, sino para comer, faltará dinero á las Juanas, y entonces acudirán á usted y á otros á fin de tenerle, y como no podrán dar en cambio levitas, harto sabe el diablo lo que darán, si ya no lo han dado.

—Ni han dado, ni darán lo que no debe darse—exclamó D. Paco perdiendo ya los estribos. Lo que yo te aseguro es que si Juanita quiere darme su mano, yo la aceptaré gustoso, y tú tendrás que respetarla como madre.

—¡Jesús, Maria y José! respetar yo á ese arrapiezo... Se me caería la cara de vergüenza si hiciera usted semejante disparate.

—Pues sólo de Juanita depende que no le haga. Y como no es posible, sin que nos peleemos, continuar esta conversación, me voy y te dejo. Adiós, hija.

—Señor padre, vaya usted con Dios y él le ilumine, para que no continúe usted desatinando tan lastimosamente.

D. Paco salió con precipitación y muy enojado de casa de su hija y no quedó ella menos furiosa.



XIX

EL sermón del padre Anselmo se comentó y se interpretó por todo el lugar en perjuicio de ambas Juanas. Nadie sacó la cara por ellas, salvo el maestro de escuela, aquella noche, en la Casilla.

La Casilla era y es todavía en algunos lugares el Casino y el Ateneo primitivos y castizos.

Por lo general, y así sucedía en Villalegre, la Casilla estaba en una sala relativamente cómoda y espaciosa, detrás de la botica. Allí se leían los periódicos, se fumaba, se charlaba y se jugaba á la malilla, al tresillo, al truquiflor y al tute, y tal vez al ajedrez, al dominó y á las damas.

D. Policarpo, el boticario de Villalegre, hacía muy bien los honores del establecimiento, en donde concurrían casi todos los personajes del lugar, á despecho de las mujeres, que eran devotas y que abominaban del boticario, porque, lejos de estar en olor de santidad, alcanzaba la poco envidiable fama de descreído y materialista. Siempre había permanecido soltero; tenía

una lengua como un hacha, con la que destrozaba las reputaciones; y en su maligno rostro, en sus ojos vivarachos y algo bizcos, en su nariz aguileña y en su boca sumida y burlona, se revelaba cierta diabólica y punzante travesura.

En el pueblo se referían estupendas singularidades sobre sus doctrinas y facultades científicas, sosteniendo muchos que no todo lo que él hacía y decía era natural, sino en gran parte por inspiración y con auxilio del demonio; por lo cual, al hablar de sí propio, declaraba él que, si hubiese Inquisición aún, ya no viviría, porque le hubieran quemado vivo. Era dogma suyo que todas las cosas son lo mismo y que la diferencia de ellas es más aparente que real y más somera que profunda. Produce la diferencia de las cosas una fuerza que vive y se agita en ellas, ocultando la raíz de su ser, y que, según sus varios efectos y operaciones, ya se llama calor, ya luz, ya electricidad, ya magnetismo; de donde trasformaciones y mudanzas y vida y muerte. Esta fuerza era el Dios de D. Policarpo. Por él se jactaba de estar poseído y de ser energúmeno.

Para hacer milagros por su medio y en su nombre, no tenía D. Policarpo vara de virtudes; pero, en cambio, tenía una recia, puntiaguda y larguísima uña en el dedo meñique de la mano derecha, la cual uña le servía de ordinario como mondadientes. Las damas se llenaban de terror cuando la veían como si viesan la de Satanás en persona. Se decía que el boticario, ya magnetizaba, adormecía y sujetaba á su voluntad á las

gentes, despidiendo por dicha uña fluido magnético, ya se electrizaba todo, restregando con rapidez sus pies contra una piel de lobo, y lanzaba por dicha uña un chorro ó penacho de chispas azuladas y luminosas. Y no faltaba quien añadiese, jurando haberlo visto, que solo con acercar la uña, cuando estaba él bien cargado y saturado de electricidad, encendía un candil ó disparaba un cañoncito muy cuco que usaba para esta experiencia.

Yo no respondo de que hubiese ó no algo de exagerado en tales afirmaciones; pero, como quiera que fuese, el boticario, aunque aborrecido de las damas, á lo que debía de contribuir su fealdad nada común, era persona divertida y hospitalaria.

Ninguna noche faltaban en la tertulia de su casa ocho ó diez tertulianos. No iba el cura, por culpa de la impiedad con que allí se hablaba, pero iban el médico, dos ó tres concejales, el propio señor alcalde, varios de los mayores contribuyentes y D. Pascual, el maestro de escuela.

D. Policarpo comentó el sermón de aquel día con maliciosa agudeza, sosteniendo irónicamente que el padre tenía razón.

—Sí, señores—dijo;—ya no hay bienes de la Iglesia que repartir. El reparto se ha hecho mal y entre pocas personas que se han enriquecido. La futura revolución tendrá, pues, por objeto apoderarse de otros bienes y repartirlos con mayor equidad entre todos los pobres.

El maestro de escuela, que era liberal é individualista, respondió de este modo:

—No es exacto que la revolución haya despojado inicuamente de sus bienes á la Iglesia. Si se los ha expropiado, bien la indemniza. El Estado puede expropiar, indemnizando para utilidad pública. Sin embargo, aunque no hubiera tal indemnización, el caso no es idéntico. Ninguna asociación tiene por sí los derechos radicales é imprescriptibles de los individuos que la componen. El Estado es asociación suprema, á la cual están sometidas las otras, sin que puedan existir en contra suya. Y si el Estado es árbitro de la vida de ellas, ¿cómo no ha de serlo de lo que poseen? Lejos de caminar hacia el socialismo, yo creo que la civilización propende á extender y afirmar más cada día los derechos individuales. ¿Quién se atreverá á decir hoy, si no está loco rematado, que el gobierno ó el rey, por respetado y poderoso que sea, es señor de vidas y haciendas?

—No nos venga usted con sofismas—interrumpió el boticario.—Si cada uno de los individuos que se asocian tiene singularmente derechos imprescriptibles, incluso el de asociarse, y si no hay rey ni roque que pueda despojar á nadie á su antojo de la hacienda y de la vida, ¿cómo se explica que no persista en la suma lo que preexistía aisladamente en cada uno de los sumandos?

Apuradillo se vió el maestro de escuela para impugnar el nuevo argumento del boticario;

pero le impugnó al fin con razones, si no juiciosas, agudas.

Por dicha, los que estaban allí presentes eran propietarios más ó menos ricos, y varios de ellos habían comprado bienes de la Iglesia. Todos, por consiguiente, hallaron que D. Pascual discurría mejor que Solón y que Licurgo; se pusieron de su lado, dejaron al boticario solo y trataron de sofocar su voz y de aturdirle á fuerza de gritos.

D. Policarpo no se dejaba convencer ni intimidar fácilmente; pero todos se cansaron de chillar y se pusieron roncos, terminando por cansancio una disputa en que los extremos se habían tocado y en que la impiedad atea había estado de acuerdo con el más fervoroso catolicismo. Hubo un entreacto; un rato no corto de sosiego. Después recayó de nuevo la conversación sobre el sermón de aquel día, sobre el desenfrenado lujo de las mujeres y sobre las elegancias de Juanita la Larga.

En este punto, el maestro de escuela impugnó igualmente el sermón y defendió con más calor, ahinco y acierto á Juanita.

—Es—decía—una muchacha discreta, honrada y trabajadora. Dios la ha hecho hermosísima y casi estoy por decir que no sólo tiene derecho, sino que tiene el deber de acicalarse y de realzar y mostrar la hermosura que Dios le ha dado. Lo contrario sería ingratitude para con Dios y desdeñar lo que enseña la parábola de los cinco talentos. Y extraño mucho que ustedes que han estado conmigo defendiendo la propiedad indi-

vidual, se vuelvan ahora contra mí y se pongan del lado de D. Policarpo para impugnar dicha propiedad. Pues qué, si Juanita tiene dinero, ¿por qué no ha de gastarle en cuanto se le antoje y vestirse como una reina? ¿Y qué le falta á ella para ser reina ó para ser emperatriz?

Movido el boticario por su espíritu malicioso, é impulsados los demás por el odio y envidia de sus mujeres, respondían, si no con buen discurso, con desvergüenzas y con burlas á cuanto don Pascual alegaba.

Juana la Larga fué declarada una lagartona de primera fuerza; Juanita, una moza extraviada que estaba ya pervirtiendo y corrompiendo las buenas costumbres; y D. Paco, un viejo chifladísimo, á quien hija y madre ponían en ridículo é iban á chupar cuanto poseía.

En lo más recio de esta disputa, acertó á entrar en la botica el señor D. Paco, y antes de llegar á la trastienda, tuvo el disgusto de oír y de comprender los horrores que allí se propagaban.

Todos se callaron, porque cara á cara no querían ofenderle. La herida, con todo, estaba ya hecha. Se dió otro giro á la conversación. Se habló de cosas distintas. Y D. Paco halló lo más prudente no dar á entender que había oído y no traer de nuevo la conversación á tema para él tan enojoso.

A fin de disimular, trató de aparecer sereno y alegre; habló de las novedades políticas; se congratuló de que D. Andrés Rubio acabase de ob-

tener una gran cruz y fuese ya excelentísimo; y por último, echó unas cuantas manos de tute con el maestro de escuela.

Embromó al boticario diciéndole que no creía en la fuerza electrizadora de su uña; y el boticario, á fin de convencerle, le prometió que el día menos pensado, cuando estuviese él bien dispuesto, le llamaría, y haría delante de él la experiencia de encender el candil y de disparar el cañonazo.

D. Paco se había reportado, disimulando su pena y su enojo; pero no bien volvió á su casa, la pena le arrancó lágrimas y el enojo le hizo crisar los puños como si tuviese delante algún enemigo á quien dar de puñadas.

No podía, sin embargo, reñir con la población entera. Su hija era la más culpada, y él la había sufrido.

Por más que cavilaba, no veía otro modo de vengarse, de castigar á su hija y de adquirir el derecho é imponerse el deber de defender á Juanita contra todos, que el de ofrecerle su mano y casarse con ella.

¡Ay de aquel que se atreviese entonces á decir nada ofensivo contra Juanita, aunque ella estrenase cada día otro vestido de sedal!

Pensó bien en todo, interrogó su corazón, y su corazón le respondió que estaba perdidamente enamorado de la muchacha.

Entonces no se paró D. Paco en más reflexiones; fué á su bufete y escribió á la señora doña Juana Gutiérrez (suprimiendo el alias de *la Lar-*

ga) una grave epístola pidiéndole en forma la mano de su hija.

Llamó en seguida al alguacil y pregonero, que le servía al mismo tiempo de criado y ayuda de cámara, y le encargó que, al día siguiente, y muy de mañana, llevase aquel pliego cerrado á Juana la Larga y se le entregase en mano propia.

Hecho esto, se acostó y durmió con alguna tranquilidad, como quien ha cumplido un deber, y con alguna satisfacción, como quien ha puesto una pica en Flandes.



XX

JUANA la Larga se llenó de júbilo cuando, á las siete de la mañana, recibió la carta y la delectó con no poca fatiga, porque, si bien sabía leer, no leía de corrido y le estorbaba lo negro.

No era Juana muy reflexiva ni previsora y no pensó en las dificultades: sólo pensó en el triunfo que ella y su hija, en su sentir, habían alcanzado. Acudió, pues, á la sala baja, donde Juanita estaba cosiendo, y con el mayor alborozo le dió parte de lo que ocurría.

Como comentario, la madre no sabía sino exclamar:

—¡Qué victoria! Todas esas perras, cochinas, van á reventar cuando lo sepan.

—Pues oye, mamá—contestó Juanita con el mayor reposo:—yo no quiero que nadie reviente: lo mejor es que no lo sepa nadie.

—¿Qué quieres decir con eso, muchacha?

—Lo que quiero decir es que nosotros, tú, él y yo, seríamos los reventados si hiciésemos tal

desatino. No lo sufriría doña Inés; y el cura y el cacique, la Iglesia y el Estado, lo temporal y lo eterno, caerían sobre nosotros y nos aplastarían. Nos echarían del lugar á patadas. Y ¿quién sabe si en otro lugar lograríamos y cuánto tiempo tardaríamos en lograr, tú la reputación y clientela que aquí tienes, yo tanta costura, y D. Paco el poder que aquí alcanza y su mangoneo provechoso, debido en mucha parte á su capacidad, pero no menos aún á la sombra y al apoyo de don Andrés, con quien priva.

—¿Y de dónde sacas tú esos agtieros tan angustiosos?

—No es menester ser profeta ni adivino para sacarlos. Y además, ni yo estoy enamorada de D. Paco, ni él quizás está enamorado de mí. ¿Para qué el casorio? ¿Qué vamos ganando en ello? ¿No comprendes que si me pide es por un extremo de delicadeza? Yo se lo agradezco; me lisonjea mucho la prueba de aprecio que me da; pero no paso de agradecida y de lisonjeada. Porque ha venido á casa de tertulia, y porque me ha regalado el traje y porque las malas lenguas murmuran, piensa él remediar el mal casándose conmigo. Pues entonces la misma razón hay para que contigo se case, porque también de él y de tí dijeron, ó para que me case yo con el hijo del herrador, ya que más y peor han hablado de mis relaciones con él que de mis relaciones con D. Paco. Nada, mamá, todo eso es una tontería, ó una prueba, si quieres, de que el bueno de don Paco es un caballero muy cabal, aunque no ten-

ga los leones, los pajarracos y los otros chirimbolos que tiene su yerno en el escudo.

—Y si tú, hija mía, reconoces y confiesas que D. Paco es todo un caballero, ¿por qué no le tomas por marido?

—Porque no quiero casarme por cálculo; porque, aunque quisiese casarme por cálculo, este cálculo de ahora estaría muy mal hecho, y sobre todo, porque yo por nada del mundo he de aprovecharme de la caballerosidad generosa de ese hombre para cogerle la palabra y satisfacer mi vanidad y mi ambición, ya que amor no le tengo. Su trato me deleita; celebro su discreción; le oigo hablar con gusto; pero desde esto á desear ser suya y á casarme con él hay todavía mucha distancia. No quiero salvarla de un brinco. Aquí, para entre nosotras, algunas veces he sentido inclinación á ir por esa senda, á andar ese camino, y sabe Dios si le hubiera andado sin estos tropezones que ha habido; pero, en fin, aún nó le he andado.

—¡Ay, niña, con qué tiquis miquis y sutilezas te me descuelgas! ¡Cómo se conoce el saber de que D. Pascual te ha atiborrado la mollera! Si parece cuanto dices tomado de esos libros que D. Pascual te da á leer. Pero, en fin, ¿qué contestamos á la carta de D. Paco? Yo haré lo que tú desees porque el asunto más importa á tí que á mí y porque tú sabes más que Lepe.

—Pues qué hemos de contestar sino darle las gracias y decirle que nones.

—¿Y á quién le toca escribir eso? Creo que

debo escribirlo yo... y dorar la píldora. Yo no lograré poner el oro con mi pluma. Tú le pondrás. Tú irás diciendo y yo iré escribiendo, aunque hago letras que parecen garrapatos. ¡Ay! y más en el día, porque mi escribir ha caído en desuso. Desde que murió tu padre en la guerra contra los carlistas, yo no escribo sino las cuentas.

—Con buena ó con mala letra, es menester que usted escriba la carta; yo se la iré dictando.

—Hoy todavía no. ¿Es acaso puñalada de picaro? ¿Quién nos corre? Antes de dar un paso tan importante conviene que lo medites y consultes con la almohada. No es mucho veinticuatro horas de término. Hoy no escribo. Mañana, si te aferras en la opinión que ahora tienes, escribiré, aunque me pese, lo que tú me digas.

Juanita estaba segura de que no había de variar su resolución por mucho que lo meditase. Tuvo, no obstante, que ceder á los ruegos de Juana y aguardó hasta el día siguiente, en el cual, dividiéndose el trabajo, según queda dicho, fabricaron entre ambas la carta que, por su trascendencia é influjo en los ulteriores sucesos de esta sencilla y verdadera historia, hemos de consignar aquí.

La carta decía como sigue:

—Sr. D. Paco: Muy ufanas estamos mi hija y yo de la honra que usted nos hace en la carta que acabo de recibir. Se lo agradecemos con toda el alma. La niña le quiere á usted mucho y le estima más; pero declara que no puede ni debe aceptar lo que usted propone. Cree ella que fué

una imprudencia de su parte el ir al sermón vestida como una princesa, para azuzar más en contra suya á la gente que ya deseaba morderla. Todo el lugar está ahora sublevado. Mal remedio sería la boda. Aumentaría la sublevación y el motin. Su hija de usted se pondría á la cabeza. Nosotros no podríamos resistir. Los tres tendríamos que irnos con la música á otra parte. En fin, D. Paco, Juanita sostiene que sería la boda una locura. Dice, por último, que ella no manda en su corazón; que la diferencia de edad es grande entre ustedes y que no quiere á usted de amor, aunque le profesa la amistad más fina. Sería, pues, muy feo, de parte de ella, abusar de la generosidad de usted para satisfacer su ambición ó su vanidad casándose por cálculo, y también sería muy tonto porque el cálculo estaría mal hecho. Lo mejor y lo más discreto es que ustedes no se casen y que nadie sepa que ha dado usted este paso. Doña Inés nos odiaría si aceptásemos la proposición de usted; pero también nos odiará y nos declarará más la guerra si averigua que no aceptamos, apareciendo como que desdeñamos á su padre con infundada soberbia. Importa, pues, ocultar todo esto. Ahí devuelvo á usted su carta. Rásguela y rasgue la mía, á fin de que no quede prueba escrita de lo ocurrido; y conserve usted en su memoria grato recuerdo de nosotras. Crea en nuestra profunda gratitud y mande á su afectísima amiga y constante servidora, q. b. s. m.,

JUANA GUTIÉRREZ.